

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

EL SOL

A Freud le interesaron mucho las asociaciones libres. Pensaba que descubrirían alguno de los secretos del inconsciente. A mí, en cambio, me interesan más las asociaciones dirigidas, porque me permiten conocer las redes de mi memoria. Imágenes, palabras, datos, metáforas se encuentran relacionados. Al buscar, esos enlaces se activan, y puedo pasar de unos contenidos a otros. Si las redes son densas, interesantes y el tránsito fluido, tendré muchas ocurrencias. Ese es el secreto de la creatividad y de

su educación. Estoy frente al mar Mediterráneo, que se pavonea bajo el sol. Tomaré el sol como puerta de entrada a la red de mis recuerdos. Hay personalidades solares y personalidades lunares. Diurnas y nocturnas. Soy de las primeras. Me gusta el sol, me entusiasman los amaneceres y, en cambio, los crepúsculos me ponen melancólico y las noches me duermen. Soy, en este sentido, profundamente anticuado. El noctambulismo es un producto cultural reciente. Ahora que lo pienso, sería muy interesante hacer una historia del traspase. Traspasar voluntariamente es propio de la sociedad urbana. El mundo rural se rige por el sol. La noche tiene una leyenda amenazadora. Recuerdo cómo me impresionó asistir en el monasterio de Leyre, una comunidad de benedictinos, al último oficio del día, en el que el abad bendice a los monjes para librarles de los peligros de la noche. Hay una mitología de la noche que es la contramitología del sol.

Para los antiguos egipcios, cuando el sol se va “la tierra queda en tinieblas, semejante a la muerte. Entonces salen de sus cubiles todos los leones, todas las serpientes muerden”. Los hindúes rezan también al sol por la noche: “¡Que el sol se levante para que nosotros vivamos! ¡Que regrese el sol tras su viaje nocturno!”. Crean a pies juntillas lo que dicen sus escrituras sagradas: “el sol no se levantaría si no se hiciera una ofrenda al fuego”. Es fácil comprender la insistencia con que los humanos han adorado al sol. Hacia el 1350 a.C., Amenhotep IV ocupa el trono de Egipto e instaura el culto al sol como dios único. Su piedad se ha conservado en un

EL ABAD DEL MONASTERIO BENDICE A LOS MONJES PARA LIBRARLES DE LOS PELIGROS DE LA NOCHE

himno. “Tú apareces hermoso en el horizonte del cielo. Eres justo, grande, esplendoroso. Llenas de hermosura todos los países”. Esta última frase me conmueve. La luz muestra la belleza de las cosas, su resplandor, su gloria. En la carta del apóstol Santiago se llama a Dios “el padre de las luces”.

Por ello, Francisco de

Asís, una de las más finas sensibilidades estéticas de la historia europea, no dejaba que por las noches se extinguieran las velas, para que así se mantuvieran visibles las bellezas del Creador. Y en una de las más sorprendentes aventuras de la filosofía occidental, san Buenaventura, místico, seguidor de san Francisco, elabora una metafísica de la luz para convencernos de que la luz, la brillantez, la claridad, era el componente último de todas las cosas.

Es muy temprano. El brillante mar tiene una elocuencia que quisiera descifrar. Me gustaría continuar deslizándome por mi memoria al conjuro del sol, pero el espacio se termina y una pregunta ha aparecido en mi conciencia, como un polluelo que picotea el huevo para salir a la luz. ¿No sería mejor poner en Google “sol” y ver qué sale? No. Mi memoria no es un archivo de información. Es, ante todo, mi sistema para comprenderlo todo –incluido lo que Google me ofrece–, mi herramienta para seleccionar lo interesante, la fuente de ocurrencias creadoras. No olvidemos que los griegos pensaban que las musas, las diosas de la creatividad, eran hijas de Mnemosyne, la Memoria. ¡Qué sabios eran! ■



Raúl